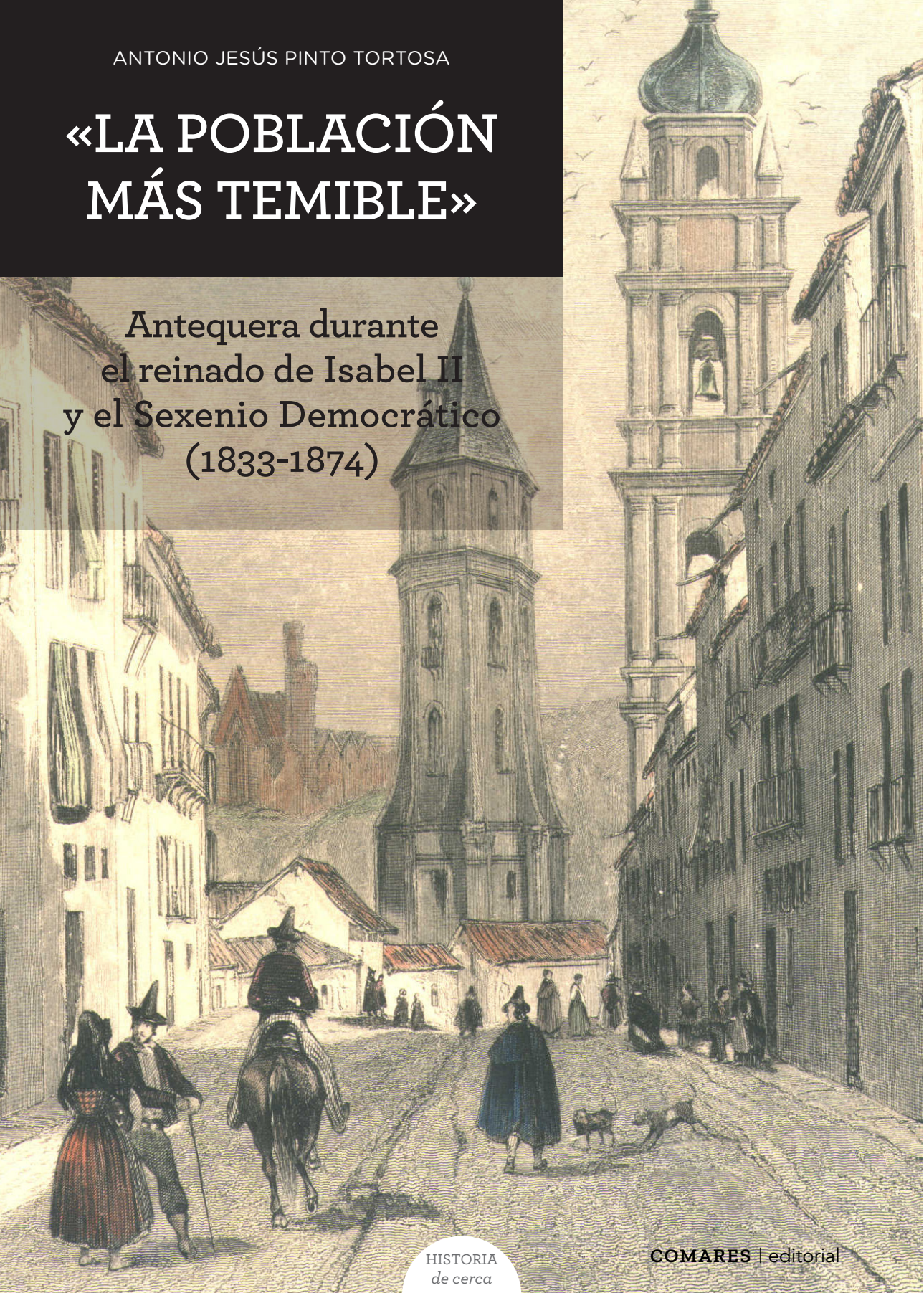


ANTONIO JESÚS PINTO TORTOSA

«LA POBLACIÓN MÁS TEMIBLE»

Antequera durante
el reinado de Isabel II
y el Sexenio Democrático
(1833-1874)



HISTORIA
de cerca

COMARES | editorial

ANTONIO JESÚS PINTO TORTOSA

**«La población más temible»:
Antequera durante el reinado
de Isabel II y el Sexenio
Democrático (1833-1874)**

EDITORIAL COMARES

Granada • 2021

Imagen de portada:
Vista de la calle Estepa. Antequera, siglo XIX. Finden TAYLOR y P. BLANCHARD.
Museo Unicaja de Artes y Costumbres Populares. Legado Díaz de Escovar.

Diseño de cubierta:
Eloísa Ávila

© Antonio Jesús Pinto Tortosa

© Editorial Comares, S.L.
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

<http://www.editorialcomares.com> • E-mail: libreriacomares@comares.com
<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>

ISBN: 978-84-1369-062-9 • Depósito legal: Gr. Gr. 29/2021

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

Para mis padres, Tere y Antonio.

Para mi hermano Alberto.

Para Isabel y para Mario.

Porque los confinamientos, en compañía, presencial o virtual, son menos arduos.

Y por haberme acompañado más años que la historia de Isabel II.

«La fisonomía política y social de Antequera es digna de estudio. Por su nobleza y aristocracia, antigua y arraigada, pues viven allí quince o veinte títulos de castilla, y por los recuerdos de otras épocas, Antequera debía estar sujeta a la influencia de la nobleza; y sin embargo Antequera es la población más temible por la democracia que encierra».

Antonio Guerola (ed.1995). Memoria de mi administración en la provincia de Málaga como gobernador de ella desde el 6 de diciembre de 1857 hasta el 15 de febrero de 1863.

SUMARIO

PRÓLOGO.....	XIII
INTRODUCCIÓN.....	XVII

CAPÍTULO I

¿QUÉ REVOLUCIÓN LIBERAL?: UN ESTADO DE LA CUESTIÓN

1. INTRODUCCIÓN.....	1
----------------------	---

CAPÍTULO II

ANTEQUERA EN LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN (1832-1834)

1. AGONÍA Y MUERTE DE FERNANDO VII.....	7
2. ANTEQUERA EN LOS ALBORES DEL LIBERALISMO.....	10
3. LA TRANSICIÓN POLÍTICA EN ANTEQUERA.....	12
4. TRANSICIÓN... ¿SOCIAL?.....	15

CAPÍTULO III

LA REVOLUCIÓN LIBERAL (1833-1836): SIN POSIBILIDAD DE RETORNO

1. LA CRISIS: MARTÍNEZ DE LA ROSA Y EL ESTATUTO REAL.....	19
2. EL GOBIERNO DEL CONDE DE TORENO Y LA REVOLUCIÓN LIBERAL EN ANTEQUERA.....	22
3. LA REVOLUCIÓN SE ACABA... DE MOMENTO.....	26
4. PRIMER EPISODIO DE LA AMENAZA CARLISTA EN ANTEQUERA.....	31
5. Y DESPUÉS DE MENDIZÁBAL, OTRA REVOLUCIÓN.....	33

6. ANTEQUERA COMO TERMÓMETRO DE LA SITUACIÓN NACIONAL	39
7. SIN MARCHA ATRÁS: UNA «NUEVA» CLASE EN EL PODER	46
8. SEGUNDA ASONADA CARLISTA: «HALLA EN EUFEMIA MATERNAL CONSUELO».....	47

CAPÍTULO IV

LA REVOLUCIÓN FRUSTRADA (1837-1840): «ARQUITECTOS» VS. «ALBAÑILES»

1. LA CONSTITUCIÓN DE 1837: NOSOTROS, LOS ARQUITECTOS	53
2. LA PROCESIÓN CÍVICA EN ANTEQUERA, CATÁLOGO DE LAS NAVES DE LA ÉLITE LIBERAL	54
3. MARÍA CRISTINA Y LOS PROGRESISTAS: ESCALADA DE TENSIONES HASTA LA LEY MUNICIPAL DE 1840.....	56
4. ANTEQUERA DURANTE EL «RÉGIMEN DEL 37»: EL FINAL DE LA PRIMERA GUERRA CARLISTA Y LA CRISIS DE LA REGENCIA DE MARÍA CRISTINA.....	59

CAPÍTULO V

LA REGENCIA DE ESPARTERO (1840-1843): EL RÉGIMEN DE «LOS AYACUCHOS»

1. EL ECO DEL PRONUNCIAMIENTO DE 1840 EN MÁLAGA.	63
2. AJUSTES DE CUENTAS: ANTONIO ROBLEDO CHECA, «JOVEN DISCRETO»	68
3. LA POLÍTICA NACIONAL: EL PERSONALISMO DE ESPARTERO Y LAS CONSPIRACIONES.....	73
4. EL EPÍLOGO DE LA REGENCIA DE ESPARTERO: EL CASO DE ANTEQUERA	80

CAPÍTULO VI

ISABEL II, REINA DE ESPAÑA: LA DÉCADA MODERADA (1843-1854)

1. LOS INICIOS DEL REINADO DE ISABEL II: EL «INCIDENTE OLÓZAGA»	87
2. EL LETARGO MUNICIPAL DURANTE LA AZAROSA DÉCADA MODERADA: ESCISIONES POLÍTICAS, CONSTITUCIÓN DE 1845 Y BODAS REALES	92
3. LA REVOLUCIÓN DE 1848 EN EUROPA Y SU ECO EN ESPAÑA: EL PARTIDO DEMÓCRATA ESPAÑOL (1849).....	98
4. LA CRISIS MODERADA (1846-1853).	103

CAPÍTULO VII

LO QUE PUDO SER Y NO FUE: EL BIENIO PROGRESISTA (1854-1856)

1. EL <i>MANIFIESTO DE MANZANARES</i> Y LA REVOLUCIÓN DE JULIO.....	107
2. LAS ÉLITES ANTEQUERANAS MUESTRAN SU VERDADERO ROSTRO.....	111
3. ANTIMAQUINISMO Y DESÓRDENES EN «LA CIUDAD MÁS TEMIBLE».....	118
4. EL DIFÍCIL CAMINO DEL BIENIO PROGRESISTA.....	122
5. LA REACCIÓN: ANTEQUERA SE PONE DE PERFIL.....	126

CAPÍTULO VIII

LA UNIÓN LIBERAL Y EL FINAL DEL REINADO DE ISABEL II (1856-1868)

1. LA UNIÓN LIBERAL, EL REGRESO DE NARVÁEZ Y EL VIRAJE IDEOLÓGICO DE ANTEQUERA.....	133
2. EL «PARLAMENTO LARGO» DE LA UNIÓN LIBERAL: LA «POLÍTICA DE PRESTIGIO» (1858-1863).....	140
3. HISTORIA MUNICIPAL Y CONFLICTIVIDAD SOCIAL.....	144
4. TURBULENCIAS FINALES (1): DE LA CAÍDA DE O'DONNELL A LA NOCHE DE SAN DANIEL (1863-1865).....	148
5. TURBULENCIAS FINALES (2): LOS ÚLTIMOS GOBIERNOS Y LA CONSPIRACIÓN PROGRESISTA (1865-1868).....	153
6. LA CUNA DE UN MINISTERIO: EL NACIMIENTO POLÍTICO DE FRANCISCO ROMERO ROBLEDO.....	156

CAPÍTULO IX

LA REVOLUCIÓN GLORIOSA Y EL SEXENIO DEMOCRÁTICO (1868-1874)

1. UNA LLAMA QUE SE APAGA: LA GLORIOSA Y LA «ESPAÑA CON HONRA» (1868-1869).....	161
2. DE LA «ESPAÑA SIN REY» AL REINADO DE AMADEO I DE SABOYA (1869-1873).....	168
3. EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO: LA I REPÚBLICA. UNITARISMO, FEDERALISMO Y REACCIÓN (1873-1874).....	175
4. EL CANTÓN DE ANTEQUERA RELATADO POR EL CRONISTA GALDÓS.....	178
5. EL EPÍLOGO DE UNA ERA Y EL PRÓLOGO DE LA RESTAURACIÓN: ASCENSO Y OPORTUNISMO DE FRANCISCO ROMERO ROBLEDO (1868-1874).....	183

CAPÍTULO X
CONCLUSIÓN

1.	187
BIBLIOGRAFÍA	191
ÍNDICE ONOMÁSTICO	197

El libro que tengo la satisfacción de presentar, «*La población más terrible*»: *Antequera durante el reinado de Isabel II y el Sexenio Democrático (1833-1874)* de Antonio Jesús Pinto Tortosa, analiza con maestría, tanto a nivel nacional como para un municipio singular como fue Antequera, un periodo trascendental en la Historia Contemporánea de nuestro país, fueron los años de la construcción del Estado Liberal español y del desarrollo y madurez del liberalismo. Es decir, no se trata de una obra localista, sino que estudia lo sucedido en el municipio antequerano en el contexto español, de ahí que se trate de una gran aportación, hasta el punto de que está llamada a ser referente para futuros estudios similares de otras localidades.

El libro se centra en un municipio diferente y relevante a nivel económico, político y social en la España del siglo XIX. La mayor parte de los años que abarca, hasta principios de la década de 1870 fueron de prosperidad. Esto se pone de manifiesto en el aumento de habitantes, que fueron 15.000 en 1825, 19.836 en 1838, 21.675 en 1848 y en torno a 25.000 desde 1860 a 1874. También en el crecimiento de la natalidad en los decenios centrales de la centuria y en que hubo contadas coyunturas epidémicas, lo que parece indicar una mejora en los niveles de vida. Esto no es óbice para que estemos ante una sociedad con profundas desigualdades sociales en la que eran recurrentes las crisis de subsistencias.

Ahora bien, si bien por su tamaño demográfico formaba parte de las ciudades medias andaluzas, como demostró el profesor Antonio Parejo, en dos títulos publicados en 1987, *Historia de Antequera* e *Industria dispersa e industrialización en Andalucía: el ejemplo del textil antequerano (1750-1900)*, a los que se sumó el 2009, el escrito conjuntamente con María Luisa Gómez Moreno, *La economía en transformación: Antequera entre los siglos XX y XXI*, no siempre ha compartido los rasgos productivos de este tipo de urbes, denominadas agrocidades. Su singularidad radica en que, hasta los años 1960, han coexistido su carácter agrario con actividades comerciales y fabriles que han sabido sacar ventaja de su privilegiada situación en el centro geográfico de

Andalucía. Asimismo, a su cercanía a grandes ciudades, como Sevilla y Málaga. A diferencia de la mayoría de los municipios andaluces, Antequera, en los periodos en que el grado de apertura de la economía española y andaluza ha aumentado, ha generado modelos de crecimiento endógenos, fundamentados en una o varias actividades productivas, como sucedió con la actividad textil hasta mediados de la década de 1870. A comienzos del siglo XIX, de las ciudades medias andaluzas que habían tenido una actividad textil previa a la industrialización, fue la única que consiguió consolidarse y convertirse en uno de los sectores laneros más importantes del España. Los años objeto del libro que aquí nos ocupa fueron de consolidación y expansión de la actividad textil. Esto permitió a Antequera, en 1861, ocupar el puesto 15 entre las ciudades industriales del país, por el volumen de su población empleada en las fábricas textiles era el municipio más industrializado de la provincia de Málaga y uno de los principales de Andalucía.

Pues bien, este dinamismo económico tuvo su correlato a nivel social, con unas elites que estuvieron imbricadas con el poder central, con familias y figuras muy importantes en la política nacional. También con un proletariado y campesinado muy activos. De ahí la expresión que utilizó el gobernador Antonio Guerola para referirse al municipio antequerano: «la población más temible por la democracia que encierra». Por tanto, viene a completar el conocimiento de que disponíamos acerca de la evolución política y social de Antequera, hasta esta obra mucho más profundo sobre su evolución económica, incluido el patrimonio de las elites locales (Antonio Parejo Barranco, 1998, «Revolución liberal y elites locales: Dos ejemplos antequeranos de la segunda mitad del siglo XIX», en *De economía e historia: estudios en homenaje a José Antonio Muñoz Rojas*, y de Mercedes Fernández Paradas (2004), *Propios, Arbitrios y Comunales. El patrimonio territorial del Concejo de Antequera (siglos XV-XIX)*). Pinto Tortosa demuestra que la ciudad fue «una perfecta caja de resonancia de cuanto sucedía en la Villa y Corte de Madrid», esto se debió a la estrecha vinculación entre las elites antequeranas y los gobiernos de la nación, con una intensidad que no fue tan usual en otras ciudades de provincias.

El interés del autor por la construcción del liberalismo en Antequera se remonta a su libro de 2009 *El medio agrario andaluz ante la llegada del liberalismo: las revoluciones de 1835 y 1836 en Antequera*. Después le han seguido diversos trabajos referidos a esa temática, como la biografía de Francisco Fernández del Pino (2013), en Mikel Urquijo Goitia (coord.), *Diccionario biográfico de los parlamentarios españoles 1820- 1854*, «Por sus hombres... ¿la conoceréis? Estudio de la élite política de la Revolución Gloriosa a través de uno de sus protagonistas: Francisco Romero Robledo, político de la Restauración (2016, Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea), y el artículo de 2020 «En casa del cacique: Azorín y Romero Robledo, «En el Romeral»» en la revista *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V: Historia Contemporánea*. Pues bien, en «*La población más temible*»... presenta un excelente análisis de conjunto de la etapa de

1833 a 1874 para Antequera, basado en fuentes primarias y prensa de la época y un profundísimo conocimiento de esos años sobre la política nacional.

De esta obra, cabe reseñar que plantea una hipótesis, que demuestra para el caso antequerano, la provincia de Málaga y Antequera, fueron durante el reinado de Isabel II activos focos progresistas. Asimismo, constata que la llegada de Espartero al gobierno central fue aprovechada por los progresistas para saldar cuentas con aquellos que los habían alejado de la política. También cabe reseñar su aportación al conocimiento de figuras muy importantes en la política local y nacional. Por ejemplo, Manuel María Aguilar, cabeza de la familia de los Aguilares y fundador del Partido Demócrata Español, y Francisco Romero Robledo, miembro de la saga Checa y Robledo, el cual logró un escaño en el Congreso de los Diputados en 1864, cuya carrera política despegó durante el Sexenio Revolucionario y ocupó cargos muy relevantes en los gobiernos de la Restauración, siendo el artífice del encasillado.

En definitiva, ánimo a los interesados en profundizar en la historia de España y de Antequera del Ochocientos, a leer una obra que, con rigor, nos acerca a uno de los periodos claves de nuestra Historia Contemporánea.

Mercedes FERNÁNDEZ-PARADAS
Málaga, diciembre de 2020

La frase que sirve para dar título al presente estudio monográfico emana de las memorias del gobernador civil de Málaga entre 1857 y 1863, Antonio Guerola, quien se propuso describir detalladamente la fisonomía política y social de la provincia donde había desempeñado su función durante aquellos años. A juicio del ex gobernador, la ciudad de Antequera ofrecía tres características que le convertían en una población temible para las autoridades: en primer lugar, una masa obrera industrial creciente y un campesinado también nutrido, ambos en situación de desabastecimiento por el desigual reparto de la riqueza y de los recursos de la comarca. Seguidamente, la notable actividad de organizaciones obreras de diversa índole, que canalizaban el descontento de los trabajadores contra las instituciones, culpables, a sus ojos, de la situación por la que atravesaba la ciudad. Por último, unos cabecillas de extracción media-alta, dispuestos a emplear la fuerza de choque de la clase trabajadora para contestar el orden establecido, aprovechando la ocasión con el fin de acceder ellos mismos a la primera línea del escenario político local y nacional, como era la familia Aguilar en el caso que nos relata Guerola.

El complejo cóctel descrito por este último convertía a Antequera en un avispero nada despreciable, que las autoridades deseaban vigilar de cerca, sea para evitar una asonada popular que pudiese poner en jaque a la Corona, sea para aminorar sus efectos, en el caso de que finalmente ocurriese algo por el estilo sin que ellas pudiesen preverlo. Ahora bien, las circunstancias descritas por el antiguo gobernador civil no se circunscriben solo al periodo durante el cual detentó dicha dignidad pública: el investigador que se aproxima al estudio de la documentación de la época acaba teniendo la sensación de que la ciudad de Antequera fue, desde el mismo momento de la proclamación de Isabel II como reina de España, hasta su huida tras la Revolución Gloriosa de septiembre de 1868, una perfecta caja de resonancia de cuanto sucedía en la Villa y Corte de Madrid, allá donde se tejían los destinos de todos los españoles. Sin duda alguna, en ello influyó la estrecha conexión entre las

élites locales y los gobernantes de la nación, hasta extremos inusitados en cualquier otra ciudad de provincias de la España del momento.

Solo así se explica que, unas veces (las más, ha de reconocerse) del lado del Partido Progresista, y otras veces a favor de la tendencia moderada o unionista, Antequera viviese siempre en primera persona las convulsiones que zarandeaban permanentemente el trono. Quienes consideren que se trata de una exageración, alegando que cualquier cronista local se esfuerza en resaltar aquello que le interesa para convertir su propio caso de estudio en un paradigma historiográfico, no tienen más que acercarse a los amplios fondos documentales del Archivo Histórico Municipal de Antequera. Allí, custodiados por las delicadas y sabias atenciones del doctor José Escalante Jiménez, se pueden rastrear las convulsas sesiones del cabildo municipal en las actas capitulares, en ocasiones tan elocuentes y violentas que pareciera oírse los gritos de los caballeros reunidos en el salón de plenos de ayuntamiento; se tiene la ocasión de palpar la tensión plasmada en los expedientes de Orden Público y Secretaría, fiel ampliación de cuanto no pudo consignarse en los libros de actas por los secretarios de la corporación municipal; y finalmente, se puede contrastar cada apellido y cada linaje con sus declaraciones de bienes, desposorios, testamentarías y demás documentos recogidos en los protocolos notariales, donde las élites antequeranas plasmaban sus fortunas y, por qué no decirlo, también escondían sus miserias.

A esta documentación tuve ocasión de enfrentarme por vez primera en el otoño de 2004, como alumno de la Licenciatura en Historia de la Universidad de Málaga, cuando el profesor Juan Jesús Bravo Caro, docente de la asignatura «Métodos y Técnicas de Investigación Histórica I», nos encomendó aplicar la metodología de investigación histórica *in situ*, analizando los protocolos notariales de los archivos que tuviésemos a nuestro alcance. Un año después regresé a la mesa de operaciones, entonces con el ojo un poco mejor entrenado, decidido a realizar una investigación sobre las tácticas de reproducción social en las élites de finales de la Edad Moderna, para la asignatura de Historia Moderna de Andalucía, que nos impartía la profesora Begoña Villar García. Sin embargo, el verdadero bautismo de fuego llegó en la primavera y el verano de 2006, decidido ya mi ánimo a hacer la tesis doctoral bajo la tutela del profesor Manuel Morales Muñoz. Siguiendo sus consejos, me dediqué a analizar la historia de Antequera durante el reinado isabelino considerando, como él mismo me había indicado, que se trataba de una época prácticamente ignota en el contexto de aquel municipio, que me ayudaría a aportar algo al debate historiográfico sobre la revolución liberal española.

A esta labor me encomendé desde entonces y, en los meses transcurridos entre el final de la carrera y el año nuevo de 2007, cuando marché a la Universidad de Cádiz para cursar el Máster en Estudios Hispánicos, revisé la mayor parte de la documentación municipal datada entre 1832 y 1869. Elegí el año previo a la entronización de Isabel II y la fecha posterior a su huida para poder tener perspectiva sobre las fases de transición, primero a la monarquía liberal, y después a un régimen mal

definido que acabó cayendo víctima de sus propias contradicciones seis años después. Como tesina de Máster quise hacer una revisión historiográfica sobre las diferentes corrientes acerca de la Revolución Liberal en nuestro país y, al mismo tiempo, sugerí a mi director de entonces no quedarme solo en el mero estado de la cuestión, sino también aproximarme a las revoluciones de 1835 y 1836 que, mal que bien, sentaron las bases del liberalismo isabelino. Aquella tesina, que pude completar bajo la tutela de Enrique Montañés y Manuel Morales, me mereció la máxima calificación de los evaluadores y, dos años más tarde, en junio de 2009, vio la luz gracias al patrocinio del Ayuntamiento de Antequera, presidido entonces por Ricardo Millán, y del siempre generoso archivero municipal, editor, consejero y huésped del evento. Su título: *El medio agrario andaluz ante la llegada del liberalismo: las revoluciones de 1835 y 1836 en Antequera* (Ayuntamiento de Antequera, 2009).

En aquel momento el destino incierto del investigador me había llevado ya por otros derroteros: en diciembre de 2007 había ganado una beca de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Obligado por las circunstancias, marché a Madrid a realizar mi tesis doctoral en un ámbito diferente, pero acorde al grupo de investigación que me acogió: el Grupo de Estudios Comparados del Caribe y Mundo Atlántico, dirigido por Consuelo Naranjo Orovio. Gracias a la tutela, y casi maternidad adoptiva, de Inés Roldán de Montaud y de Elena Hernández Sandoica, desarrollé mis investigaciones de doctorado, centradas en el impacto de la revolución esclava de Haití (1791) en la colonia española de Santo Domingo. Tras cuatro años solitarios y de periplo por diferentes centros de investigación, como la London Metropolitan University, la New York University, o la University of Pittsburgh, pude culminar y presentar mi tesis doctoral el 20 de marzo de 2012, titulada *Una colonia en la encrucijada: Santo Domingo, entre la revolución haitiana y la Reconquista española, 1791-1809*.

Pese al cambio de rumbo en la investigación, siempre conservé la inquietud y la curiosidad por seguir desvelando diferentes aspectos de la historia antequerana durante el periodo isabelino. Puesto que mis estudios debían centrarse en otro tema y otra época, opté por novelar aquello que no me era dado historiar. Así surgió el interés por desentrañar los detalles del asesinato de Antonio Robledo Checa, tío de Francisco Romero Robledo, en diciembre de 1840, que recreé en mi primera novela: *Un trienio en la sombra* (Ex Libric, 2014). Sin albergar en ningún momento la idea de hacer una trilogía, sentí la necesidad de explicar algunos personajes que habían aparecido en aquella novela «ya hechos», puesto que contaba con una gran ventaja: la época en la que su carácter se había forjado era la misma en la que se centraba mi tesina. Así nació dos años después *El crimen de la Cruz Blanca* (Círculo Rojo, 2016), que si se lee en paralelo a *El medio agrario* andaluz justificará, en cooperación con este último, la necesidad de rescatar la crónica de la ciudad durante la monarquía de Isabel II.

Cuando escribo estas líneas, hace ya dos años que se publicó *La conjura de San Silvestre* (Ex Libric, 2018), cerrando ese «ciclo antequerano» que nunca pretendió ser tal. Después de siete años como profesor de la Universidad Europea, primero en el Departamento de Educación y después en el de Ciencias Jurídicas y Políticas, tras haber dirigido además el Máster Universitario en Formación de Profesorado durante casi cinco años, creí llegado el momento de ajustar cuentas. ¿Por qué no dar voz a tantos documentos como tengo anotados y reseñados, presos de un papel no en blanco, pero sí mudo? Aprovecharía, además, las actas capitulares del Sexenio Democrático, que pude estudiar en el contexto de un proyecto de investigación de la Real Academia de Antequera, pilotado por la profesora Mercedes Fernández Paradas. Ha llegado, pues, el momento de contar la historia de Antequera, «la población más temible» según Guerola, durante el siglo XIX y cerrar así una etapa de mi investigación, que en el futuro y en colaboración con otros colegas se enfrenta a otro reto: la historia y la época de Francisco Romero Robledo.

El presente libro comienza pues, como no podía ser de otra forma, con una revisión y ampliación de cuanto plasmé en *El medio agrario andaluz ante la llegada del liberalismo*, enriqueciendo el aparato crítico. No obstante, para no precipitarme, presento su estructura a continuación, dividida en ocho capítulos:

El primero se titula «Antequera en la crisis del Antiguo Régimen (1833-1834)». En él se describen las circunstancias en que tuvo lugar el final del reinado de Fernando VII, quien en sus últimas horas había intentado liberalizar tenuemente el régimen represivo que había caracterizado a su última década en el trono, conocida como la «Década Ominosa», para de esta forma preparar el terreno a la entronización de su hija. La gestación del conflicto sucesorio que enfrentó a los partidarios de su hermano, el infante Carlos María Isidro, y a los defensores de la reina Isabel II, de solo tres años a la muerte del monarca, se describe de manera precisa, a la par que se estudia la transformación operada en la corporación municipal antequerana con la llegada del liberalismo. De este modo, se ilustra el radio de acción de una transición liberal iniciada en Madrid, que emanó a todos los rincones del territorio español, excepción hecha de los escenarios donde las tropas carlistas, en el norte de la Península, se dispondrían a reclamar la legitimidad de Carlos María Isidro sobre el trono en los años sucesivos.

Una vez dibujado este panorama, en el segundo capítulo, «La revolución liberal (1835-1836): sin posibilidad de retorno», se dedica mayor extensión a describir las transformaciones aceleradas que, en tan solo dos años, se sucedieron en la política, la economía y la sociedad española, hasta el extremo de que, llegado el otoño de 1836, la marcha atrás hacia el Antiguo Régimen se aventuraba imposible y el liberalismo aparecía totalmente afianzado. Partiendo de la crisis del gabinete presidido por Martínez de la Rosa, durante varias páginas se desgranán las circunstancias que rodearon el ascenso del conde de Toreno, el estallido de la revolución de 1835, el nuevo gabinete de Mendizábal, su caída en desgracia y la revolución de 1836. Desde

la perspectiva que se defiende en esta obra, fue este año el que marcó un paso sin vuelta atrás posible, pues las transformaciones operadas en el escenario político, económico y social, fueron de gran envergadura. En clave local, interesa no solo la reproducción de las revoluciones reseñadas en el municipio antequerano, con el conde de la Camorra como caudillo de las huestes liberales, sino también el curioso episodio del sitio de la ciudad por la expedición carlista del general Miguel Gómez, repelida tanto por el celo de la población como por el auxilio inestimable de las tropas del gobierno. Asimismo, se presta atención al desarrollo de la desamortización en el municipio.

El tercer capítulo, «La revolución frustrada (1837-1840): «arquitectos» vs. «albañiles»», ilustra con su título el diagnóstico sobre la revolución de los años precedentes: si bien había resultado positiva, en la medida en que había dinamizado las transformaciones precisas para la instauración del liberalismo, fue negativa porque frustró las esperanzas de las clases bajas, que vieron la llegada de 1837 con la certeza de que el único cambio respecto al reinado de Fernando VII era el nombre del régimen político, pues en realidad la situación y las decisiones continuaban bajo el control de unas élites que apenas se habían modificado. Se inicia este capítulo con la reflexión de Donoso Cortés, el político conservador que, tras la aprobación de la Constitución de 1837, pretendidamente progresista pero moderada de corazón, se había dirigido a los líderes del progresismo diciéndoles: «vosotros sois los albañiles, nosotros los arquitectos». Anticipaba así lo que vendría apenas unos años más tarde: el dominio absoluto de la vida política isabelina por la facción moderada, con la aquiescencia cómplice de la Corona. Uno de los acontecimientos más relevantes y curiosos de este periodo fue el acto que, con forma de procesión cívica, se celebró en diferentes municipios españoles para conmemorar la promulgación del texto constitucional. La descripción de la procesión cívica antequerana hace las veces de «catálogo de las naves» y representa a las principales figuras de la vida municipal en aquel momento. Tanto este capítulo como los dos anteriores beben de la información publicada en el libro *El medio agrario andaluz ante la llegada del liberalismo: las revoluciones de 1835 y 1836 en Antequera* (Ayuntamiento de Antequera, 2009), que publiqué en 2009 como parte de mi tesina de Máster. Amplío aquí, no obstante, aquella información y proporciono nuevas fuentes documentales, además de bibliografía actualizada, para revisar aquel texto y corregir los errores que con el tiempo he ido detectando en él.

Tres años después de la aprobación de la Constitución de 1837 tuvo lugar un pronunciamiento progresista que originó un cambio relevante: el final de la regencia de María Cristina de Borbón y el inicio de una nueva regencia, la del general Espartero, durante el tramo final de la minoría de edad de Isabel II. De este nuevo periodo se ocupa el cuarto capítulo: «La regencia de Espartero (1840-1843): el régimen de «los ayacuchos»». Resulta de especial relevancia por dos motivos: primeramente, porque aquí se comienza a esbozar una de las tesis principales del libro, esto es, que tanto la provincia de Málaga como el municipio de Antequera fueron, durante todo el

reinado de Isabel II, activos focos progresistas, siempre dispuestos a apoyar a esta facción política mediante las armas, si era preciso, y mucho más tímidos a la hora de sumarse a las sucesivas vueltas al orden que impusieron los moderados; en segundo lugar, porque la llegada de Espartero pareció dar la oportunidad a los progresistas para ajustar cuentas con quienes les habían mantenido alejados de la política en los últimos tres años. Tales ajustes de cuentas originaron episodios de violencia lamentable, entre los cuales destaca, en el escenario de Antequera, el asesinato de Antonio Robledo Checa: hijo de Vicente Robledo Castilla, pertenecía a una acaudalada familia de la burguesía agraria, industrial y del comercio, en cuyo seno había nacido dos años antes Francisco Romero Robledo, futuro ministro de la Gobernación durante los primeros gabinetes presididos por Antonio Cánovas. El análisis del asesinato, el recuerdo del suceso en un monumento conservado en la actualidad en el municipio, y la detención del autor ocupan las últimas páginas del capítulo, que se cierra con la reacción moderada y el exilio de Espartero.

Huido el general, el regreso de María Cristina de Borbón del exilio no le devolvió la regencia: antes bien, la élite política liberal había aprendido la lección sobre las nefastas consecuencias de una mala gestión por parte del regente de turno, por lo que propuso adelantar la mayoría de edad de Isabel II, como se comunicó en el mes de noviembre de 1843, cuando la reina tenía solo trece años. Desde entonces hasta julio de 1854 los moderados gobernarían prácticamente sin interrupción, en la etapa que se analiza en el quinto capítulo: «Isabel II, reina de España: la Década Moderada (1843-1854)». Comenzando con el estudio del «incidente Olózaga», inteligentemente tejido por el Partido Moderado para propiciar el golpe que depositaría el poder en sus manos, este periodo atrae la atención porque el estricto sentido del orden impuesto por los sucesivos gabinetes, en los que comenzó a cobrar protagonismo el general Narváez, se plasmó en el letargo de la vida municipal. En efecto, más allá de la noticia de las Bodas Reales, el cabildo antequerano apenas registró actividad reseñable en estos años, que interesan pese a todo porque hicieron saltar a la palestra a otro ilustre prohombre de la ciudad: Manuel María de Aguilar, quien acogió en su domicilio de Madrid en 1849 el acto fundacional del Partido Demócrata Español (Heredia Flores, 2018: 263-292). Con el nacimiento de la democracia como orientación política, España reflejaba el eco de las revoluciones de 1848 en Europa, cuyas repercusiones Narváez fue incapaz de acallar, pese a su escaso miramiento a la hora de recurrir a la mano dura. A medida que la contundencia del «Espadón de Loja» iba suscitándole enemistades, el régimen de la Década Moderada se agrietaba, eclosionando en la revolución de 1854.

Con solución de continuidad, pues, se llega al capítulo sexto: «Lo que pudo ser y no fue: el Bienio Progresista (1854-1856)». Si Antequera se había mantenido tibia y distante frente a la reacción moderada de 1843, no obró de la misma forma once años más tarde, cuando la corporación municipal figuró entre las primeras de la provincia en sumarse a la sublevación, proclamando a los cuatro vientos su lealtad

perenne a los principios del progresismo. El entusiasmo cundió en las calles, en un momento en que los jornaleros y los trabajadores de la ciudad comenzaban a desarrollar un sentimiento más fuerte de conciencia de clase. Como ya ocurriera en la década de 1830, sus ilusiones se vieron pronto frustradas, percatándose de que el nuevo gobierno, aunque más abierto en su horizonte ideológico, estaba poco dispuesto a dar voz a las capas populares. Así se explica el surgimiento de focos insurreccionales nada despreciables, como la rebelión antimquinista que estalló en las fábricas de paños de El Henchidero a finales del verano de 1854. Además de este naciente proletariado urbano, los jornaleros tampoco entendieron las reformas del régimen nacido al calor de la revolución de julio de 1854, en especial la desamortización civil, que paradójicamente les privó de los terrenos baldíos que hasta entonces habían podido cultivar para compensar su carestía de tierras. Pese a las decepciones cosechadas, el progresismo era preferible al recuerdo de lo que sucedió en la década precedente, motivo por el cual los antequeranos se pusieron de perfil cuando el régimen progresista se extinguió tras la reacción de 1856. Concluye el capítulo con el estudio del testimonio de Antonio Guerola, gobernador civil de Málaga en los años siguientes, pero cuya descripción del municipio interesa porque dibuja un panorama de insurrección permanente, hasta el extremo de caracterizar a Antequera como «la población más temible» de la provincia.

Con la caída del progresismo vio la luz una nueva opción política: la Unión Liberal, que saltó a la primera línea de combate para, desde allí y bajo la atenta mirada del general O'Donnell, presenciar los años finales del reinado de Isabel II. Interesa constatar, en el capítulo titulado «La Unión Liberal y el final del reinado de Isabel II (1856-1868)», el viraje ideológico operado en las élites antequeranas en este periodo, impuesto en buena medida por el gobierno central que, persuadido de la peligrosidad del municipio, estableció un estricto control sobre él. Ante todo, llama poderosamente la atención el esfuerzo por lavar la imagen de Antequera, que a través del ayuntamiento pronunció sucesivos votos de lealtad a la Corona y rechazó cualquier vinculación con los disturbios de los años precedentes. El viraje al que se alude queda ilustrado a la perfección por el Condado de la Camorra, tradicional baluarte del progresismo, que osciló hacia posiciones conservadoras en el tramo final de la monarquía isabelina. Para concluir, aunque no es objeto de estudio de esta monografía, merece la pena dedicar atención a la figura ascendente de Francisco Romero Robledo, antequerano de nacimiento y perteneciente a la saga de los Robledo y Checa, que había marchado a Madrid para estudiar Leyes en la Universidad Central a mediados de la década de 1850, y que accedió por primera vez a un escaño en el Congreso de los Diputados en 1864, como miembro de la Unión Liberal. El arranque de su carrera política fue discreto, pero el despegue definitivo llegaría con el Sexenio Democrático, como se ve en el último capítulo.

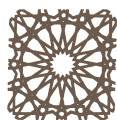
Para concluir el libro, en «La Revolución Gloriosa y el Sexenio Democrático (1868-1874)» se abordan los últimos seis años del primer liberalismo español, hasta

la crisis de 1874, que desembocó en la Restauración Borbónica. Ante todo, se constata cómo la efusividad revolucionaria suscitada por la Gloriosa quedó rápidamente acallada por progresistas y unionistas, quienes dejaron de lado a los demócratas e intentaron reconducir un régimen que mantuvo la democracia guardada en el trasero, nunca en su horizonte teórico fundamental. A la *España sin rey* y el reinado de Amadeo I, igualmente convulsos, siguió una experiencia republicana intensa pero breve, que generó inestabilidad en apenas once meses de vida, conociendo hasta cuatro gobiernos diferentes y una sublevación cantonal. Lo que ha de subrayarse en este nuevo periodo, en clave municipal, es lo siguiente: de un lado, el resurgimiento de la llama revolucionaria, extinguida a la fuerza durante los años previos, con la reaparición de actores olvidados en la política antequerana, entre quienes se contaba el clan de los Aguilar; de otro lado, una experiencia republicana difícil de registrar en la documentación consultada, que parece haber comenzado con optimismo pero que nunca llegó a fraguar, hasta el extremo de que el testimonio legado por Benito Pérez Galdós se corresponde a una realidad incompleta, pues unas semanas después de los sucesos que él relata la experiencia cantonal ya se había ahogado en Antequera. La conclusión de este capítulo, como no podía ser de otra forma, debe rendir tributo a Romero Robledo, protagonista indiscutible de la Restauración, cuyo astro se iluminó con fuerza a partir de 1868, hasta el extremo de que él y otros líderes significados en aquellas jornadas han sido incluidos dentro de la llamada «Generación del 68».

Madrid. Barrio de Delicias, 11 de noviembre de 2017–30 de julio de 2020



El libro que nos ocupa viene a concluir la investigación iniciada por el autor en 2009, cuando publicó un estudio centrado en las revoluciones de 1835 y 1836 en Antequera. En esta ocasión, Antonio J. Pinto describe el panorama social y político de la ciudad antequerana hasta el final del reinado de Isabel II, adentrándose también en el convulso Sexenio Democrático. Su objetivo es demostrar que el repentino cambio de régimen político acontecido tras la muerte de Fernando VII en 1833 no estuvo acompañado de una transformación social y económica igualmente súbita. Antes bien, en lo socioeconómico el ritmo de cambio fue más lento, exigido por las circunstancias: España comenzaba a verse dominada por una burguesía deseosa de acaparar el poder, que al mismo tiempo era consciente de la necesidad de contar con la antigua aristocracia para, de este modo, adquirir respetabilidad social. A su vez, la nobleza poco a poco se fue sumergiendo en las aguas liberales para sobrevivir, salvo contadas excepciones. Así pues, la llamada «revolución liberal» fue realmente una paulatina actualización de las viejas prácticas a las nuevas formas, en un cambiar todo para que nada cambiase que nos lleva a repetir, nuevamente, el tópico lampedusiano.



COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-062-9



9 788413 690629